

## EL VACÍO RELIGIOSO DE LA CULTURA MODERNA

Christopher Dawson (1962). *La crisis de la educación occidental* (capítulo 13). Madrid: Rialp.

Traducción de Esteban Pujals

EL PROBLEMA en que se encuentra el mundo de hoy día es debido esencialmente a dos factores: el primero es la intensa secularización de la cultura occidental y el segundo el levantamiento del resto del mundo contra ella. Durante más de dos siglos la civilización occidental ha ido perdiendo contacto con las tradiciones religiosas en las cuales se había fundado en un principio, y ha dedicado sus energías a la conquista y organización del mundo mediante las técnicas económicas y científicas; y en los últimos cincuenta años se ha notado una creciente resistencia del resto del mundo contra esta explotación, resistencia que ha culminado en la actualidad en un levantamiento que amenaza la misma existencia de la sociedad occidental.

No obstante, este levantamiento no se dirige contra este proceso de secularización. No se trata de un conflicto entre el materialismo occidental y el espiritualismo oriental. Al contrario, el Este sigue el ejemplo del Oeste en su rebelión contra la tradición religiosa y aun va más allá en la dirección de una secularización total de la cultura. Oriente puede atacar a Occidente por considerarlo una personificación de la explotación económica; pero no puede censurar su materialismo, ya que la base de su protesta descansa en la doctrina del materialismo económico, que ha recibido en préstamo de Occidente.

¿Dónde se encuentra, pues, el catolicismo en relación con esta situación? Mientras ambas partes presentan formas rivales de secularismo, puede parecer que el catolicismo no se interese por ninguna de ellas, ya que podría observar el conflicto con el mismo espíritu con que los profetas hebreos observaban la mutua destrucción de los imperios mundiales en la época de Nabucodonosor.

Pero ésta sería una visión demasiado simplificada del caso. El catolicismo ha estado tan profundamente envuelto en la historia de la civilización occidental por espacio de mil quinientos años, que los católicos no pueden considerar a Europa de la misma forma que los judíos consideraron el mundo de los gentiles. Incluso hoy, después de la Reforma, de la Revolución y de la secularización del Estado y de la

cultura modernas, nuestra sociedad permanece siendo cristiana hasta cierto punto.

Pero no podemos ser optimistas. Durante los últimos cincuenta años, las nuevas fuerzas que han surgido en el mundo moderno han sido abiertamente anticristianas, y la creación del Estado totalitario en la Alemania nazi y en la Rusia comunista produjeron un nuevo tipo de persecución religiosa más sutil y de más alcances que ninguna de las que la Iglesia hubiera sufrido en el pasado. Es verdad que la amenaza comunista se dirige tanto contra la cultura occidental en conjunto como contra el cristianismo en particular. Pero eso no significa que la cultura occidental se haya convertido en la defensora consciente de la fe y de los valores morales cristianos. Al contrario, ha habido un firme descenso en la práctica de la religión en los últimos cincuenta años en Inglaterra, y quizá también lo ha habido en la Europa occidental. Porque para comprender el estado religioso del mundo moderno debemos reconocer la existencia de dos tendencias contrarias. Por una parte, las formas de conducta de la minoría religiosa se han ido superando regularmente, mientras que al mismo tiempo el nivel general de práctica religiosa, entre la mayoría de los llamados cristianos o semicristianos, ha descendido rápidamente. Por consiguiente, la tendencia general de la sociedad occidental moderna es de una paganización creciente, a la vez que el cristianismo, considerado como una minoría religiosa, retiene y quizá aumenta incluso su vitalidad y su fuerza internas.

La situación de Inglaterra queda bien ilustrada en el estudio de B. S. Rowntree y G. R. Lavers, *La vida y el ocio ingleses*, publicado en 1951. En él se dedica bastante atención a la cuestión religiosa y se hace el primer intento serio de apreciar mediante métodos de investigación social la influencia que el cristianismo ejerce en la vida del hombre moderno.

Los estudios individuales más detallados y las narraciones de casos de esta investigación dan la impresión de que la verdadera causa de la irreligiosidad moderna no es intelectual, ni se debe a la influencia del comunismo ni del anticristianismo dogmático. Se trata de mera indiferencia: el paganismo práctico de la gente que no ha pensado nunca pro-

fundamente sobre este asunto, o acaso sobre ningún otro, y que no ve que el cristianismo pueda tener ninguna importancia.

He aquí algunos extractos típicos de los doscientos casos relacionados. El número 3 (una mujer) “no va a la iglesia, aunque en principio no tiene nada en contra”. Dice simplemente que “es cosa de niños; pero si la gente es tan tonta para creerlo, a mi me tiene sin cuidado”. El número 24 (otra mujer) no se interesa por la religión. Dice que si rezando pudiese tener una casa, rezaría; “pero todo el mundo sabe que esto son tonterías”. El número 26 tampoco se interesa en la religión, y el único conocimiento que ella tiene de la doctrina cristiana es que “en la escuela solíamos leer la Biblia en voz alta, un versículo cada una de la clase. Una vez fui a la iglesia con una amiga, pero todo era revolver las páginas del libro sin lograr encontrar el punto”.

El número 34 (un hombre) es enteramente indiferente en materia religiosa y dice que ha viajado demasiado y ha visto demasiadas religiones diferentes para creer que exista una religión verdadera. “Religión sólo significa costumbre”.

El número 49 desprecia profundamente la religión. “¿Qué saben de ella estos clérigos atontados y viejos? ¿Se pueden pagar las rentas con oraciones? No me da tiempo para escuchar este tipo de charla. Me gustaría ponerlos a todos a trabajar en las minas”.

El número 72 nunca va a la iglesia porque se hartó de ella cuando estaba en el ejército; pero, según dice, “hay que tener en cuenta que la religión es cosa buena si no se abusa de ella”. Solía enviar a sus hijos a la catequesis dominical para quitárselos de encima.

El número 97 carece absolutamente de creencias religiosas y opina que ir o no ir a la iglesia es como ir o no ir al cine. “Depende de lo que a uno le guste”. El número 111 carece de fe. “No soy ateo, sabe usted; simplemente no me preocupa. Me gusta que los niños vayan a la iglesia, porque deben saber comportarse durante las funciones religiosas. Y si no saben, parecerán imbéciles cuando tengan que ir”.

Esta actitud de despreciativa indiferencia parece constituir a opinión general de la mayoría de los doscientos casos examinados. Existe naturalmente una considerable minoría que tienen una opinión completamente diferente y para quienes el cristianismo es todavía una viva realidad. Existe una minoría todavía más pequeña de no creyentes hostiles

activos entre los que se cuentan dos o tres comunistas y algunos semicomunistas, pero cada uno de estos parece ser un tipo de excepción. Según este estudio, la verdadera amenaza para el cristianismo, y aun para el futuro de la cultura occidental, no está en la hostilidad racional de una determinada minoría; sino en la existencia de una gran masa de opinión que no es antirreligiosa, sino “subreligiosa”, de forma que ya no tiene conciencia de ninguna necesidad espiritual que el cristianismo tenga que satisfacer.

Esto es en gran parte una situación nueva. Porque en el pasado un bajo nivel de cultura no implicaba necesariamente una falta de creencias religiosas. Originariamente el cristianismo tuvo una gran aceptación entre los humildes, los incultos y los socialmente desheredados: la verdad es que los pueblos primitivos que se encuentran en el último pedazo de la cultura material nunca se han mostrado completamente desprovistos de un sentido religioso.

¿Cómo se explica este cambio? Creo que se debe ante todo al carácter artificial de la cultura moderna, que no se parece a nada de lo que se ha experimentado en edades anteriores. Nuestra cultura occidental, moderna y secularizada, es una especie de cultivo de invernadero. Por una parte, el hombre está a cubierto del impacto directo de la realidad, mientras que por otra se ve sometido a una creciente presión que le lleva a la conformidad social. Raramente tiene que pensar o tomar decisiones vitales por su cuenta. Toda su vida se desarrolla dentro de unidades artificiales muy organizadas — fábricas, sindicatos, oficinas, servicios del Estado, partidos—, y su éxito o fracaso depende de sus relaciones con esta organización. Si la iglesia fuese una de estas organizaciones obligatorias, el hombre moderno sería religioso; pero como es voluntaria y le exige parte del tiempo libre, se la tiene como una institución superflua e innecesaria.

¿Cómo superarán los cristianos esta dificultad? La respuesta no es sencilla, porque el problema de la conversión de los subreligiosos no es distinto del problema de la educación de los subnormales. La única solución real consiste en cambiar el ambiente cultural que ha hecho posible que se desarrolle este estado de cosas que no es natural. Porque el subreligioso es también en cierto sentido subhumano, y el hecho de que un individuo aparentemente sano y normal pueda deshumanizarse de esta forma, demuestra que hay algo seriamente equivocado en la sociedad y la cultura que le ha hecho lo que es.

Se trata de una forma más benigna de la misma enfermedad que ha dado unos resultados tan sorprendentes en los Estados totalitarios. En estos últimos años a menudo nos hemos visto obligados a preguntarnos cómo el alemán o el ruso bien intencionado y de buen comportamiento, aceptó la existencia de los campos de concentración y las purgaciones en masa que sublevaron nuestros instintos humanitarios. La respuesta es que el instinto de conformidad social es más fuerte que el instinto humanitario. Cuando el Estado decide que se precisen medidas inhumanas para bien del partido, el individuo acepta su decisión sin crítica y sin reconocer en realidad lo que el Estado está haciendo.

En la sociedad occidental, afortunadamente, esto es todavía imposible. Lo mismo el Estado y la sociedad que el individuo aceptan todavía los principios humanitarios como artículo de fe. Pero donde los principios humanitarios no están implícitos, existe la misma tendencia a subordinar la ley moral y aun más, las verdades superiores de la fe religiosa a la conformidad y a la conveniencia sociales. Sin embargo, no creo que ni incluso el secularismo humanitario pueda considerar satisfactorio este estado de cosas. Porque la indiferencia contemporánea hacia la religión va acompañada de una indiferencia hacia muchas otras cosas que son necesarias para el bien de la sociedad. Es una actitud esencialmente negativa que supone que más allá de los intereses propios no existe profunda convicción moral ni dinámica social efectiva. Es una especie de vacío espiritual que no puede producir fruto cultural alguno. En este aspecto es inferior incluso al comunismo, que tiene un carácter dinámico aun cuando en sus resortes últimos su dinamismo sea ese afán de poder que personifica las dictaduras de partido y el Estado policía. Y éste es uno de los mayores peligros que amenazan la existencia de la cultura occidental cuando ésta se identifica con lo que llamamos “una forma de vida democrática”. Produce una sociedad espiritualmente neutra y pasiva, y, por consiguiente, es fácil presa de cualquier poder revolucionario, fuerte y agresivo como el comunismo.

Ahora bien, no es incumbencia del cristianismo emprender la defensa de nuestra cultura occidental secularizada, de las amenazas de la revolución social y política. Desde el punto de vista cristiano no hay mucha diferencia entre el agnosticismo pasivo o el indiferentismo y el materialismo activo. De hecho ambos pueden ser síntomas o fases diferentes de la misma enfermedad espiritual. Lo vital es recobrar los cimientos morales y espirituales en que descansa la vida del

individuo y de la cultura: demostrar al hombre de la calle que la religión no es una función piadosa que no tiene nada que ver con los hechos de la vida, sino que se interesa por las realidades, y que de hecho constituye un camino que conduce a la realidad y a la ley de la vida. No es esta una tarea fácil, ya que una cultura completamente secularizada es un mundo de ficción en que las figuras del cine y de los dibujos animados parecen más verdaderas que las del Evangelio; en que el ciclo artificial de ganar el jornal y gastarlo ha divorciado al hombre de su contacto directo con la vida de la tierra y con el ciclo natural de labores y cosechas; en que incluso el nacimiento y la muerte, la enfermedad y la pobreza, ya no sitúan al hombre cara a cara con las últimas realidades, sino que sólo le ponen en una mayor relación de dependencia del Estado y de su burocracia, hasta el punto que todas las necesidades humanas pueden solucionarse llenando el apropiado formulario.

En un mundo así todavía existe una gran institución social y espiritual que es la personificación visible de la autoridad divina y de la verdad sobrenatural. Mientras la Iglesia católica tenga libertad de orientar su propia vida y de demostrar en su vida y doctrina la verdad que sostiene, no dejará de causar impresión en la sociedad, por secularizada que sea la cultura de esta última. Pero si el vacío que existe entre la Iglesia y la cultura secular se ensancha tanto que ya no hay forma de comunicación posible o de entendimiento mutuo entre ambas, entonces se corre el peligro de que la reacción ejercida por la Iglesia sea de repulsión en vez de atracción. Por tanto no basta que los católicos mantengan un alto nivel de prácticas religiosas dentro de la comunidad católica; es necesario asimismo que construyan un puente de entendimiento que se extienda hacia la cultura secular y que actúen como intérpretes de la fe cristiana en el mundo que se halla fuera de la Iglesia. Esta obra no se limita a dirigir la actividad misionera y la propaganda religiosa en un sentido formalista: es una obligación de todos los católicos y especialmente de los católicos instruidos.

En el pasado, especialmente en la Europa continental del siglo XIX, vemos que la secularización de la cultura occidental no fue culpa del clero, ni de las órdenes religiosas, que cumplieron bien con su labor, sino del fallo y la pasividad del catolicismo seglar, que permitió que la causa cristiana fuese a la deriva y abandonó el campo de la educación superior a los secularistas.

Sin embargo, por muy subreligiosa y carente de cultura y percepción espiritual que sea la sociedad moderna, tiene, por la educación, un positivo, si bien enturbiado respeto, y su crítica principal de la religión ortodoxa estriba en que el cristianismo está pasado de moda, que la Iglesia asume una actitud reaccionaria y oscurantista ante la ciencia y la sociología modernas, y que los cristianos han perdido contacto con el pensamiento actual. Por consiguiente, todo católico intelectualmente vivo y al mismo tiempo perfectamente convencido de la realidad de su religión, produce un fuerte impacto en las ideas preconcebidas de dicha sociedad. Probablemente no les convertirá; pero debilita su confianza en la inevitabilidad de su visión secularista y en su idea de la estupidez de las formas de vida religiosas.

Este es el primer paso, y, por pequeño que sea, es de una importancia vital. El segundo viene cuando los hombres empiezan a darse cuenta del valor objetivo y de la importancia de los conocimientos religiosos; cuando perciben que dicho conocimiento no es menos importante para el bienestar humano y para el entendimiento de la realidad que la economía y las ciencias de la naturaleza. Este peldaño se halla todavía por debajo del umbral del cristianismo; sólo conduce a un punto común a todas las religiones mundiales y coincidente con muchos pensadores que carecen de fe religiosa, hombres como Matthew Arnold en el siglo XIX y Jorge Santayana en el nuestro. No obstante, al alcanzar este escalón hemos llegado al punto decisivo.

La existencia de una cultura completamente secularizada y de un tipo de humanidad subreligiosa descansa en el criterio de que los conocimientos religiosos no son conocimientos y de que el único conocimiento verdadero se refiere a las cosas materiales y a las necesidades económicas del hombre. Pero en el momento en que el hombre se da cuenta de que se halla en el umbral de un mundo espiritual que es tan verdadero como el mundo material y, que en cierto grado es accesible a su inteligencia, sus pies se dirigen por el camino que lleva a la aceptación de la fe cristiana y al deseo de pertenecer a la Iglesia católica. Ahora bien, este hombre no podrá seguir este camino a menos que los católicos desempeñen el papel de intérpretes y comunicadores.

¿Cómo se puede realizar esto? La situación actual es que la cultura secularizada moderna se ha convertido en un mundo cerrado y ha perdido todo contacto con el mundo superior de la realidad espiritual. En el pasado este mundo superior se convirtió en un mundo inteligible y visible para los

occidentales por mediación de la cultura cristiana, que le proporcionó toda una serie de accesos adaptados a los distintos tipos mentales y a las formas de actividad intelectual. Hoy día todas estas avenidas se han cerrado debido a la ignorancia, al perjuicio o a la negligencia, y tienen que volverse a abrir mediante la acción espiritual e intelectual de los católicos, trabajando cada uno de ellos en su propio campo y para un fin común; es en este punto donde la labor del católico instruido es de tanta importancia. Existe un apostolado del estudio lo mismo que un apostolado de la acción y de la oración.

La cultura cristiana no es lo mismo que la fe cristiana. Pero sólo mediante la cultura podrá la fe penetrar la civilización y transformar el pensamiento y la ideología de la sociedad moderna. Una cultura cristiana es una cultura que está orientada hacia fines sobrenaturales y hacia una realidad espiritual, lo mismo que una cultura secularizada es la que está orientada hacia la realidad material y hacia la satisfacción de las necesidades humanas del hombre. Este es el conflicto básico en que San Agustín fundó su Filosofía de la Historia. Según él, el principio dinámico de la sociedad es la voluntad común o el impulso psicológico. Por consiguiente, el único principio dinámico de una sociedad humana que no tiene Dios y está centrada alrededor de sí misma, es la voluntad de satisfacerse a sí misma —*cupiditas*—, tanto si aquél consiste en las fuerzas en competencia de la adquisición egoísta, como en las fuerzas masificadas de los conflictos de clase y el afán de poder de los Estados y las naciones.

Pero, contra esta tendencia del hombre a crearse un mundo cerrado y alrededor de sí mismo, que está predestinado finalmente a su propia destrucción por sus mismos instintos destructivos, existe el proceso divino de restauración y reintegración espirituales que encuentran su centro en la Encarnación y su órbita en la fe cristiana. Con el cristianismo entra en la vida de la humanidad un nuevo principio dinámico que la reorganiza alrededor de un nuevo eje espiritual y la dirige hacia un nuevo fin sobrenatural. Este principio es tanto social como individual. Está incorporado en la vida de la comunidad organizada —la Iglesia católica— y extiende su influencia hacia todos los aspectos de la vida humana y todas las formas de actividad social. Los elementos de la sociedad humana—la familia, la asociación económica, la ciudad y el Estado— siguen siendo los mismos; pero a medida que caen bajo la influencia de un orden espiritual superior, se encaminan proporcionalmente hacia nuevos fines.

De este modo, la contribución que el cristianismo presta a la cultura no es meramente la adición de un nuevo elemento religioso; es el proceso de recreación que transforma todo el carácter del organismo de la cultura secularista y proporciona a la sociedad humana un nuevo motivo espiritual que trasciende los intereses encontrados del individuo, la clase y la raza. Por tanto, proporciona un motivo psicológico para la creación de una cultura auténticamente universal en la que no queda excluida ninguna clase ni raza.

No hay duda de que, a primera vista, la solución cristiana aparece como algo imperfecto comparada con las ideologías y utopías seculares que lo ofrecen todo en seguida con la condición de que el hombre se someta totalmente a su dominio. No obstante, el caso es que estas ideologías solo incrementan las divisiones sociales y los conflictos del mundo moderno, y en vez de crear una utopía solo hundien a la humanidad cada vez más en la esclavitud y la guerra.

Por otra parte, el cristianismo no ofrece ninguna panacea inmediata para la compleja enfermedad del mundo moderno. Tiene la eternidad por delante, y no necesita precipitarse. Pero por esta misma razón, una cultura cristiana es, en

potencia, más amplia y más universal que una cultura secular. Está centrada alrededor de Dios, y no del hombre. Por consiguiente, esto cambia toda la estructura de la vida humana y la sitúa en una nueva perspectiva.

La filosofía y la ciencia, la historia y la literatura, todo aquí adquiere un nuevo carácter y se ahonda y amplía visto en esta perspectiva. He aquí por qué la cultura cristiana del pasado consideró la teología como la reina de las ciencias. La extensión del campo de las ciencias debida al incremento de los conocimientos, proporciona también nuevas posibilidades para ampliar el radio de la cultura cristiana. Todo avance en este sentido, por pequeño que sea, hace que la fe sea más accesible al mundo moderno. Puede que no construyamos catedrales como los católicos del siglo XIII ni escribamos poemas épicos como Dante; pero todos podemos hacer algo para que el hombre sea más consciente de la existencia de las verdades religiosas y de la importancia del pensamiento católico, y para que la luz penetre en el oscuro mundo de una cultura cerrada y secularista.